



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Madrid. — Un Mes..... 1 peseta.
— Trimestre..... 2.50
— Año..... 10

Nada de cientos ni miles
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias
tendrán censuras diarias.

A CORRESPONSALES Y VENEDORES

25 números, 2,50 ptas.



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En provincias. — Un Trimestre..... 3 pesetas.
— Semestre..... 6
— Año..... 12

Más pan y más azadones
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías
de ministros de tres días.

Ve el QUIJOTE madrileño
todo enemigo pequeño.

Núm. atrasado, 30 cts.

Número suelto, 15 céntimos.

ESTE PERIODICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

AÑO I

Director: J. OSORIO PÉREZ CASTAÑÓN

NÚM. 12.

PLUMEROS

El ministro de Hacienda ha visto las orejas al lobo con motivo de la última crisis, y desde entonces no cesa de trabajar, para hacerse simpático y que no le echen. Desde que se ha hablado de crisis, el hombre descansa, y lo único que hace para tomar aliento es cuando en cuando, es sentarse sobre un baúl, y cuentas por los dedos, á manera de patrona.

El sabe que su misión en la tierra se reduce á salvar el Erario y procura por todos los medios posibles que la nave del país no zozobre. Desde que Cánovas le conminó con la cesantía, han aumentado notablemente sus dotes de aritmético y filósofo; antes era una especie de pájaro frito; ahora viene á resultar, á los ojos de sus admiradores, un pavo colosal, relleno de salchichas financieras.

En todos los consejos de ministros procura llevar al ánimo de sus compañeros el espíritu de la economía.

Cuando oyó decir que no puede reducirse el presupuesto de Guerra, suspira y sufre; cuando ve dos velas encendidas, sopla y apaga una; cuando le piden cinco duros, palidece y tiembla.

Ahora se dice que va á establecer un impuesto sobre los diputados jóvenes que exhiben su elocuencia en las primeras horas de sesión y piden la palabra para presentar proposiciones y lucirse delante de las señoritas de la tribuna; pero el ministro se expone á no cobrar un solo céntimo, dada la insolvencia constitucional y crónica de los interesados. Entre ellos hay alguno que no puede pagar al carbonero y anda por ahí pidiendo pitillos, á pretexto de que se ha dejado en casa la cajetilla.

Las necesidades del presupuesto de Guerra esterilizan los trabajos económicos de Concha.

—Si mi nombre ha de pasar á la posteridad,—se dice,—es preciso reducir el presupuesto. ¿Por qué no rebajamos el sueldo de la tropa?

Pero Azcárraga le hace ver que esto es imposible, porque el soldado tiene sus necesidades propias y sus criadas ajenas á quienes se le obligado á obsequiar con altramuces y otros agasajos.

No se celebra un solo consejo de ministros sin que Concha hable de lo caro que se ha puesto todo y de lo conveniente que sería vender á Rodríguez San Pedro á los ingleses para que se lo llevaran al Museo de Londres en clase de piedra preciosa.

El interés de Concha llega al extremo de aconsejar á sus compañeros que no gasten, que piensen en el día de mañana y que repriman sus deseos. Así es, que en cuanto pida Tetuán agua con azucarillo ó dice Linares que se ha mandado hacer un batín de terciopelo azul celeste para andar por casa, ya está Concha frunciendo el ceño y haciéndoles ver que el hombre debe moderar sus apetitos y contentarse con una mediana prudente.

A él no le preocupa la dolencia de Elduayen, que está hace quince días lleno de cataplasmas, ni fija la atención en los inundados de Córdoba, ni en el juanete de Cos-Gayón, que ha adquirido las proporciones de un repollo; lo único que embarga su ánimo es el recuerdo de lo que le dijo Cánovas detrás de una puerta del Salón de Sesiones:

—Concha, seámos francos. ¿Sabe usted sumar?

—Sí, señor; voy entrando en la aritmética poco á poco.

—Bueno, pues hay que salvar la Hacienda española.

—Lo haré ó pierdo el nombre que tengo.

—No perdería usted gran cosa.

—¿Es feo el nombre de Concha?

—Regular. Me gusta más el de Raimundo.

—Sí, hace tiempo que noto cierta predilección por ese hombre aborrecible. ¡Ah, señor! ¿Qué he hecho yo para haber caído en el enojo de vucencia?

—Raimundo tiene un físico muy agraciado.

—Yo desde mañana pienso teñirme el cabeño y untarme el cutis con velutina.

—Perfectamente.

De estos y otros coloquios íntimos se deduce, que D. Antonio tiene dos grandes aspiraciones: la de hacernos creer que van á introducirse economías en el presupuesto, y la de herosear el rostro de sus ministros.

Quizás pueda realizarse esto último, merced á la tintura Windsor, al blanco cera-López Guíjarro y al carmin Moret; pero respecto de las economías, vale más que renunciemos á toda esperanza.

Porque es lo que dice el ministro de la Guerra:

—Yo no puedo introducir más economías que esta: la supresión del plumero en el casco de los generales, y aun así hago un sacrificio enorme, porque el plumero viene á ser el símbolo de la actual situación.

A lo cual contesta D. Antonio, filosóficamente:

—Sí; nuestro partido viene á ser una brillante colección de plumeros.

En la brecha.

Qué no con-seguiré nada
Don Quijote en la pelea
qué, jornada tras jornada,
sostiene con la menguada
turba de baja ralea,
¿qué importa?... Aunque sean miles
combatirá sin fatiga
á traidores y á reptiles,
para que jamás se diga
que fué vil entre los viles.
Y si un golpe traicionero
con su vida al traste da,
se acabó la historia... pero
habrá sido un caballero
donde pocos lo son ya.

Al débil y al chico ampara
con desprecio de la muerte,
en la que jamás repara,
y pelea cara á cara
con el soberbio y el fuerte.
No cuenta los enemigos,
á quienes hará su acero
de sus hazañas testigos,
y á magnates y á mendigos
mide con igual rasero.
Mucho mejor serviría
á jornaleros que á reyes,
que así cumple á su hidalguía
y así lo ordenan las leyes
de andante caballería.

Si ve un entuerto cualquiera,
—á Cánovas el tonante
ó á Sagasta el semihortera—
allá va con ansia fiera
á enderezarle al instante.
Si no le llega á alcanzar,
por desgracia habrá de ser,
porque no le ha de quedar
bote de lanza que dar
ni esfuerzo grande que hacer.
Y hasta maltrecho y molido
gritará siempre:—Adelante,
así fueron los que han sido
el espejo en que ha lucido
la caballería andante.

Menesterosas doncellas,
por desgraciadas y bellas
os defiende Don Quijote,

que lleva este hermoso lema:

«Por el débil y por ellas.»

En cambio nunca hará nada
por la que encuentre casada,
que eso es cuenta del marido,
ni por viuda que no ha sido
ni bella ni desgraciada.

Pero la que hoy más ventura
goce, si cae de la altura
por algún golpe certero,
puede buscarle, segura
de encontrar al caballero.

El alcalde triste

Un periódico conservador declara que en el Ayuntamiento «todo anda manga por hombro».

Entre otras cosas dice que se ha suprimido el servicio de ronda que prestaban los tenientes visitantes, á consecuencia de lo cual la renta de Consumos ha bajado notablemente.

Además, los tenientes de alcalde han cesado en su campaña contra los tahoneros, y ya no se repesa el pan ni se huelen los besugos.

¡Ah, señor Bosch! ¿Tenemos nosotros la culpa de que no le hayan hecho á usted ministro?

Los bien informados aseguran que el alcalde había llegado á concebir risueñas esperanzas con motivo de la última crisis, y que se consideraba ya ministro ó poco menos.

De pronto declaró Cánovas que el ministerio seguiría unido y compacto, y entonces Bosch lanzó una carcajada histérica...

—¡Está loco!—gritaron sus fieles amigos.—Este golpe va á acabar con él.

No aseguraremos que se ha vuelto loco, pero se nos dice que el alcalde ha caído en una especie de sopor, perjudicialísimo para los intereses del común. En vez de dedicarse á los asuntos de la municipalidad, apoya los codos en la mesa y la frente en las palmas de las manos, y permanece así las horas enteras, como una escultura de barro cocido.

Y entretanto cada concejal hace lo que le conviene, y cada matutero se despacha á su gusto y cada transeúnte satisface sus necesidades íntimas donde mejor le parece, porque no hay columnas minijitorias en ninguna parte.

Bien que un defensor del alcalde, y monárquico vehementemente, nos decía:

—Para columnas firmísimas bastamos y sobramos nosotros, los defensores del trono.

Conque ya saben los transeúntes donde pueden satisfacer sus íntimas necesidades.

Porque con el señor Bosch no podemos contar para nada.

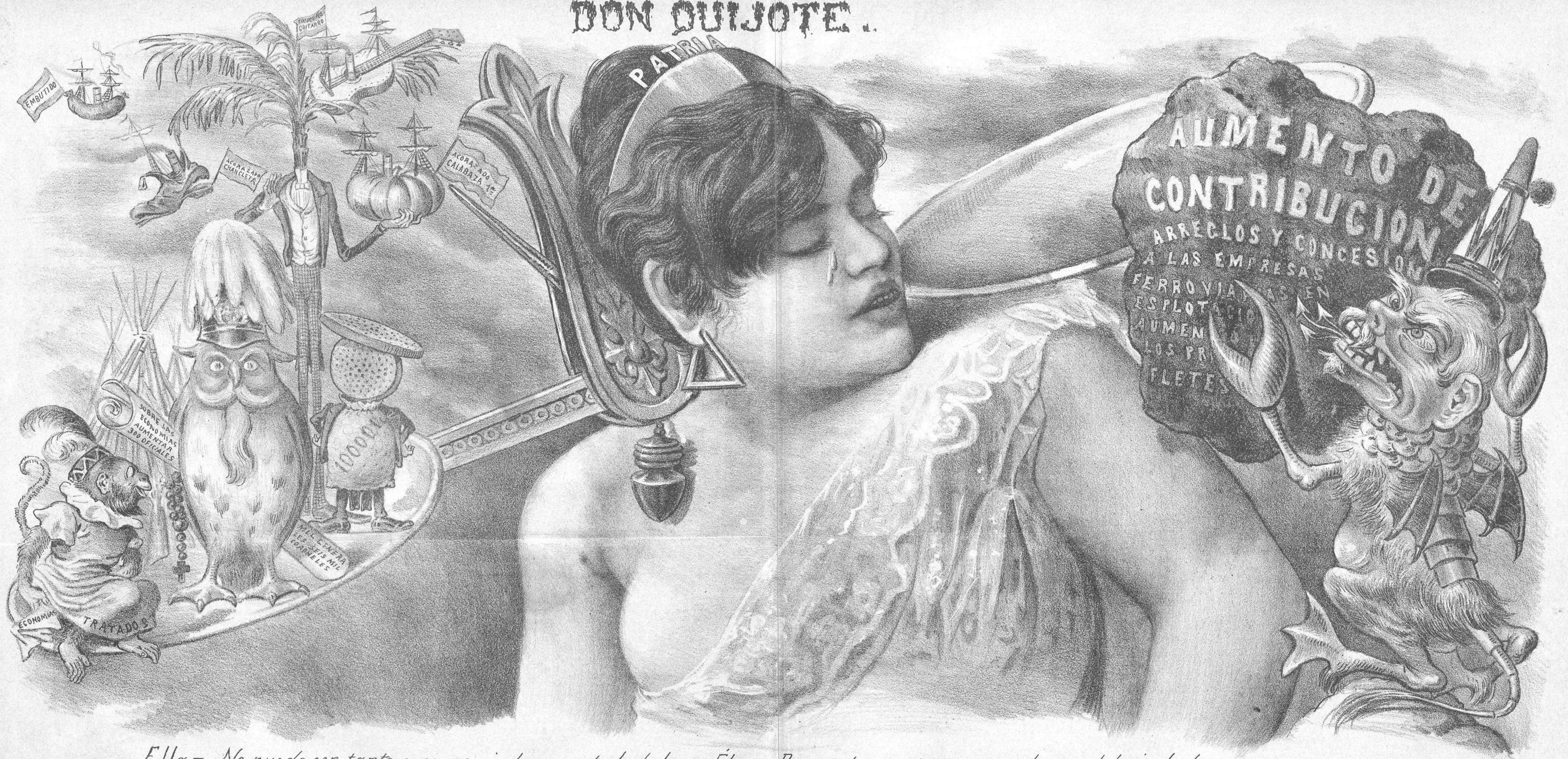
LANZADAS

Nuestro querido colega *El Liberal*, publica el día 21 una carta de Buenos Aires, de la que copiamos el siguiente párrafo:

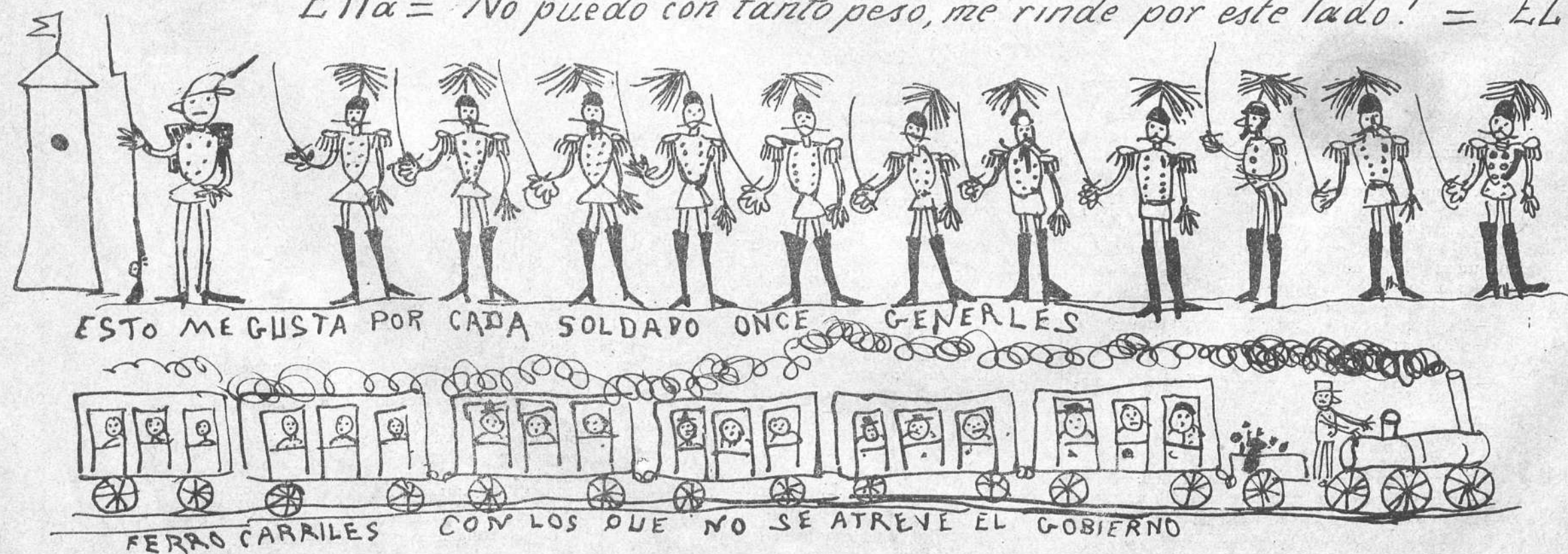
«El jueves celebramos los republicanos españoles el banquete del 11 de Febrero, que me cupo la honra de inaugurar hace tres años. No ha sido tan concurrido como el del año pasado, que presidió el popular Sojo, cuya ausencia lamentamos y á quien todos recordamos repetidas veces, pero no ha sido menos entusiasta.»

Nuestro queridísimo compañero y dibujante señor Sojo, agradece en el alma y devuelve á todos los republicanos residentes en La Argentina su recuerdo más entusiasta.

DON QUIJOTE.



El la = No puedo con tanto peso, me rinde por este lado! = El = Pues no te apures por eso, yo lo pondré nivelado.



Republicano de todo corazón y amante de la unión de todos los republicanos, no puede menos de ver con alegría un banquete que tiene como único objeto dicha unión.

Igualmente devuelve el saludo á todos los argentinos y á la prensa en particular, á la que pertenece y pertenecerá siempre con el mismo entusiasmo y desinterés.

El Correo se incomoda.

Y va y dice:

«Harían un gran bien al país los liberales limpiándole de ignorantes presuntuosos.»

Sí, señor.

Porque se quedarían en cuadro los partidos monárquicos.

Gobierno como el de Rusia
no se ha visto ni se vé:
si el monarca hace una plancha,
va y dimite el canceller.

Un amigo querido de *La Correspondencia* ha sido agraciado con la llave de gentilhombre.

Bueno; pues ya que tiene la llave, que abra cuando guste.

Y adelante, con toda confianza.

Hoy le toca á DON QUIJOTE echar lo mejor del día á poetas.

(Grilo vendrá luego.)

Dicen los dos primeros versos de un cantar que tengo delante, impreso y todo:

*Del corazón, perchelera,
quiero hacer un carpintero...*

¡Qué modestia!

Hombre, no sea usted tonto.

Haga usted un ministro.

O hágase usted un traje.

En toda la semana
no ha hablado nadie
del Jovellar ilustre
que Dios nos guarde.

Y yo pregunto:

—¡Canastos! ¿En qué piensan
esos alumnos?

Ha observado un periódico monárquico de Viena—testigo de mayor excepción—que hay reyes que han nacido para ejercer oficios de lacayo ó de cochero.

¡Siempre la adulación!

Porque, lo que es algunos, puede que no sirvieran. En fin, se conoce que el Espíritu Santo se descuida.

Antiguamente era el encargado de la confección de los monarcas.

No sabemos ahora.

Si ustedes le miden
con Concha y Linares,
hasta Villaverde
resulta gigante.

Ya está aquí Grilo.

Y aquí trae los papeles.

Una poesía á la reina regente, que quita el sentido. La da las gracias en nombre de la iglesia de Córdoba, de las ermitas, de los campos, de las calles y hasta de los estribos de los puentes.

No le ha faltado más que tomar también la representación de las atarjeas.

Pero él no lo puede remediar.

Se le van hacia Palacio las ideas.

¿A qué?

*A saludar á un ángel...
¡bendita seas!*

¡Bendita y un ángel! ¿Qué es esto?

Poeta, buena es la adulación; pero tampoco hay que despreciar la gramática.

¡Ay! Eso de ser rey tiene también sus inconvenientes.

A lo mejor viene Grilo y se pone á cantarle á uno.

¿Y qué va á hacer uno?

Pues le tiene que oír.

No le va á dar un perro chico, como á un ciego, para que se quite de la puerta.

El voto dado
contra el de Estado.
Sánchez de Toca
se lo tragó,
y le ha sentado
tan ricamente,
que ha retirado
la dimisión.

Hasta en obsequio de *en Balaguer* se celebran banquetes.

¡Qué á menos hemos venido, Veremundo!

Pero lo más gracioso es que al final de la comida leyó el poeta—el Grilo catalán—una referencia á la patria española.

Suponemos que no sería aquélla en que llamaba á España la de los leones hambrientos.

Y en la que decía:

¡Ay, Castilla castellana, así no te hubiera conocido nunca!

Porque esa la reserva el vate catalán para recitarla á Girona en el seno de la confianza.

Ya ha salido de apuros
el gabinete,
y á los ferrocarriles
mina y protege;
y en premio á concesiones
tan meritorias,
mientras bajaba el cambio,
subió la Bolsa.
¡Bien hayán los *Rochales*,
que así nos miman,
cuando les da el Gobierno
dinero encima!

El otro día estuvo enfermo Sagasta.

Y en cuanto lo supo fué á verle León y Castillo, sin acordarse de quien era.

¡Qué crueldad!

Le pondrían sordina.

—El señor Fabio ó Fabié,
que es ministro de Ultramar...

—Alto, amigo don Gaspar,
¿pero está usted loco á qué?

—¿Pues?...

—El ministro es Romero.

—¡Ah! Lo olvidé.

—¿Cosa extraña!

—No... ¡como nadie en España
habla de ese caballero!

López Domínguez
está malito.
Hay que animarle
con un caldito.
No se malogren
por nuestro mal
las energías
del general.

Dicen que el Sr. Linares Rivas tiene un plan de enseñanza.

Debe haber error en esta noticia.

Lo que tiene es un flan.

¡Porque es lo más goloso!...

¿Conque el ex joven ministro de la Gobernación está deseando que llegue el día 1.º de mayo?

¡Vamos! Le gustará que le den con la badila en los nudillos.

Moda todo lo alemán,
moda el juego de pelota;
pero el sentido común
está pasando de moda.

Ha dimitido el subsecretario de la Gobernación, acreditado neo de esta vecindad.

Pero ya verán ustedes como no insiste en la dimisión.

Hay enfermedades que duran muchísimo.

Y este subsecretario es una de ellas.

Así se titula un artículo de Roure:

Nuestros asesinos.

No diga usted más, compañero.

Se refiere usted á los editores, ¿verdad?

Según un periódico ministerial, la cuestión económica va tomando mejor aspecto y el mal llegará á desaparecer completamente.

Sí; desaparecerá como la nariz del portugués.

Se caerá sola.

Sánchez Bregua nos aterra
y escribe desde su tierra
sobre lo que pasa aquí.
¿Cuándo callará el *exmi...*
ministrante de la Guerra?

En el teatro de la Alhambra se apagó la luz eléctrica la otra noche, produciéndose la natural confusión.

En medio de las frases que allí oímos, recordamos la siguiente, que nos ha llenado de dudas:

—¡Atrevido!

Las horas de oficina en el ministerio de Fomento, serán de doce á seis de la tarde.

Bueno es que se diga, porque así tendremos la seguridad de no encontrar al ministro en ninguna parte.

Suponiendo que vaya á la oficina.

¿Un banquete á Balaguer?

Pero ¿qué país es este?

¿Cuándo le dan de comer
al señor conde de Cheste?

Se ha publicado un libro de versos con este título: *Effimeras*.

¡Y tan effimeras!

No necesitaba usted decirlo.

Trato de leer en un periódico cierto artículo de artes, que titula su autor: *Concurso de estatuas*.

Y no sigo leyendo, porque ya sé á quién se refiere: á Concha Castañeda, Cos y Camacho.

Tres estatuas en cuanto economistas, y tres economistas de la clase de estatuas.

Pero tres estatuas que se tragan medio presupuesto.

Al Sr. La Presilla, ex presidente de la Diputación provincial, le han obsequiado sus correligionarios con un banquete.

¿Por qué le habrán obsequiado?

¡Ah! Vamos, sí; por lo mal que lo ha hecho.

¡Concha Castañeda, tienes nombre de mujer!

SHAKESPEARE.

¡Pero ese Jove y Hevia siempre está inventando cosas raras!

Ahora ha dispuesto que los empleados de la Tabacalera registren la casa en que están establecidas las oficinas, á fin de evitar siniestros.

Y esto proviene de que, días pasados, hubo allí un conato de incendio.

De manera, que si mañana le pica una pulga al bueno de Jove, es capaz de disponer que vayan los empleados todas las noches á registrarle la camisa.

Ya es académico de Ciencias exactas el tan reputado Sr. Los Arcos, aquél que tanto gusto dió en la dirección de Correos.

Verdad es que también disfruta de igual beneficio el Sr. Bosch, que tanto gusto está dando en el Ayuntamiento.

Por lo visto aquí hay una recompensa especial para las autoridades mediocres. En cuanto se desacreditan e les hace académicos.

s

¡AGUA VÁ!

Oído á la caja, que va á cantar Grilo, el canoro:

*Cuando la reina llora,
brota el rocío,*

¡Hombre, ni que fuera una nube! ¡Qué falta de consideración!

*resucitan las flores
que mató el río.*

¡Un río matando flores! ¡Qué cosas se le ocurren á este vate húmedo!

*Con sus nuevos aperos
lentas y juntas (¡),
por los valles tranquilos
marchan las juntas.*

¡Sooooo! Que paren, que está hablando el poeta.

*La casa, el huerto, el monte,
la cruz, la espiga,
no hay nada que á su paso
no la bendiga.*

Me parece estar viendo á la casa, echando bendiciones. ¡Qué poético es todo esto!

*El buey, las zapatillas,
los canalones;
no hay nada que no lance
sus bendiciones.*

Esto no lo dice el poeta; esto lo decimos nosotros, á manera de desahogo.

*Que está con los que lloran
tan enlazada,
que temiendo todo,
no teme nada.*

Esto ya lo había dicho Campoamor refiriéndose al cura de la Horadada; pero ¿qué le importa eso á Grilo? Lo principal es que suenen las seguidillas y que las instituciones le dirijan una mirada cariñosa.

¡Hombre! ¿Tiene alguna cruz este poeta? ¿No? Pues que le den la sencilla de Isabel la Católica.

Libre de gastos, por supuesto.